



PAUL
THEROUX

LAS COLUMNAS
DE HÉRCULES

UN VIAJE EN TORNO AL MEDITERRÁNEO

Fiel al espíritu viajero de sus anteriores libros, Paul Theroux nos brinda, en esta ocasión, la deslumbrante crónica de un recorrido por las tierras que bordean el Mediterráneo.

Viajando fuera de temporada y utilizando cualquier medio excepto el avión, el autor nos conduce por un trayecto repleto de divertidas anécdotas y sorprendentes encuentros con todo tipo de personajes.

Theroux reflexiona sobre las narraciones de otros autores como Hemingway, D.H. Lawrence, Waugh, H. Roth, Joyce, Burroughs, Nabokov y otros que como él, siguieron las orillas del Mediterráneo.

Partiendo de Gibraltar, el autor recorre España, la Costa Azul francesa, las islas griegas, Italia, Croacia, Albania, Estambul y Alejandría, desde donde viaja a El Cairo para visitar a Mahfuz, dos semanas después de que éste sufriera un atentado. Finaliza su aventura en Tánger, donde se entrevista con Paul Bowles en el caótico apartamento de éste.

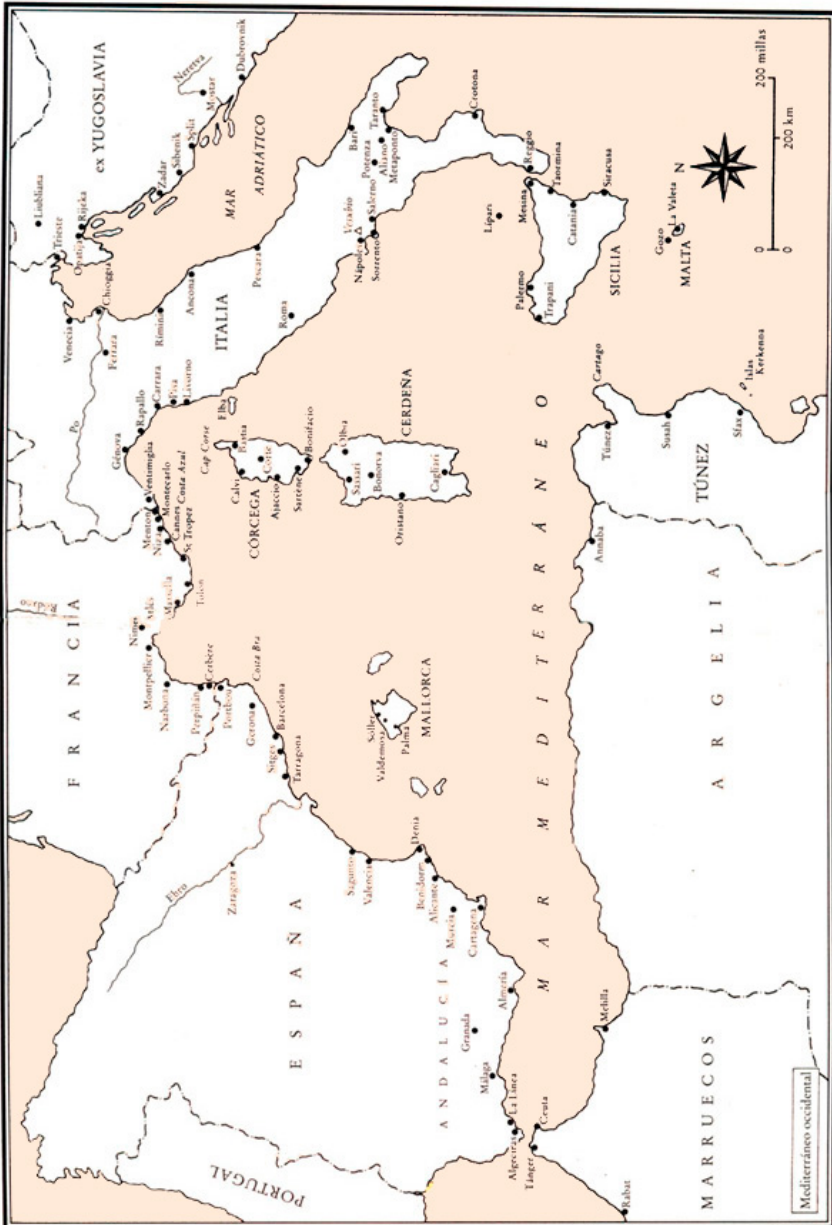
*A la memoria de mi padre,
Albert Eugene Theroux
13 de enero de 1908
30 de mayo de 1993*

¿Alguna vez te has puesto a pensar en lo importante que es el Mediterráneo?

JAMES JOYCE,
en una carta a su hermano Stanislaus

El Mediterráneo es de una pequeñez absurda; por la duración y la grandiosidad de su historia lo soñamos más grande de lo que es.

LAWRENCE DURRELL,
Baltasar



1

El teleférico hasta el peñón de Gibraltar

Dicen aquí, en Occidente, que no hay mucha diferencia entre los turistas y los simios; sin embargo, en el peñón de Gibraltar, una de las Columnas de Hércules, vi juntos a turistas y simios y aprendí a distinguirlos. Había pasado junto a grupos de árboles raquíticos y casas feas (el lector que acaba de murmurar «¡Oh, no! ¡Otra vez lo mismo!» no debe seguir leyendo) para llegar a lo alto del Peñón en una caja metálica suspendida de un cable. Gibraltar no es más que un llamativo montón de caliza, que gana en encanto con la distancia; son muy pocas las personas que se aferran a la parte inferior de la ladera. La mayoría, morenos y bilingües, hablan un inglés inteligible y un castellano con acento andaluz. Si uno les habla de España, se ponen muy nerviosos, a pesar de que saben, tan bien como que *eggs* quiere decir «huevos», que los británicos acabarán por entregarlos al rey de España, del mismo modo que arrojaron Hong Kong a las callosas manos del dictador de China.

Los simios que viven en el Peñón son las monas de Gibraltar (*Macaca sylvanus*), los únicos primates de origen europeo. Siguen viviendo allí, donde llevan más tiempo que la mayoría de las familias gibraltareñas. Entre las tribus de simios existe un orden social, además de rituales propios que, de tan extraños, podrían ser humanos. Jamás se encuentran en el Peñón ni sus cadáveres ni sus esquele-

tos. Dicen que en algún recoveco de esta piedra que parece una cadena montañosa se oculta un depósito de cadáveres, creado por ellos mismos; funerales, duelos y entierros simiescos. Los simios están bien establecidos, aunque en clara desventaja: no tienen trabajo, no cobran un sueldo, no cobran el paro. El gobierno municipal destina fondos para alimentarlos.

Pero esta ayuda podría responder a un motivo más oscuro. Según una superstición bien arraigada entre los habitantes, si los simios desaparecen de Gibraltar, el Peñón dejará de ser británico. Hace siglos (en concreto, desde 1740) que los viajeros (esos grandes turistas cuyos pasos iba yo siguiendo) mencionan a estos simios. Pero en Gibraltar ha habido visitantes casi desde que Hércules, patrono del esfuerzo humano, arrojara aquí la roca en su viaje para capturar los bueyes rojos de Gerión, el monstruo de tres cuerpos (su décimo trabajo). Y lanzó otra roca hasta el otro lado del estrecho, que se convertiría en Ceuta, en Marruecos. Estos dos peñones, Calpe y Abila para los griegos, la estrecha entrada al Mediterráneo, son las dos Columnas de Hércules.

Tenía la intención de viajar de una Columna hasta la otra por el camino más largo, con las habituales improvisaciones que hace sobre la marcha el viajero impulsivo; quería recorrer toda la costa del Mediterráneo, la costa de la luz.

«El gran objetivo de viajar es ver las orillas del Mediterráneo —decía el doctor Johnson—, en las cuales se instalaron los cuatro grandes imperios del mundo: el asirio, el persa, el griego y el romano. Toda nuestra religión, casi toda nuestra legislación, la mayor parte de nuestras artes, todo lo que nos coloca por encima de los salvajes, ha llegado hasta nosotros procedente de las costas del Mediterráneo».

Por supuesto, lo de «nosotros» es tan cuestionable como lo de «salvajes», pero seguro que el lector lo compren-

de. Sobre esta costa han ocurrido muchas cosas. Hasta el siglo II a. de C. los romanos no navegaron entre las Columnas de Hércules. El motivo de tan tardía, si no tímida, penetración del estrecho no fueron las corrientes, ni tampoco los incómodos vientos del oeste que soplan a través de esta estrecha abertura del mar interior, sino la noción mediterránea de que allende estas Columnas no había nada más que las islas de las Hespérides, el continente perdido de la Atlántida y unos mares infernales.

Las Columnas marcaban los límites de la civilización, «donde acaban los viajes –según Eurípides–; el señor de los océanos no dejaba que los marineros recorrieran el mar púrpura». Posteriormente, en el siglo II a. de C., escribió Polibio: «El canal de las Columnas de Heracles lo usan en contadas ocasiones muy pocas personas, debido a la falta de relación entre las tribus que viven en esos lugares remotos [...] y a nuestro escaso conocimiento del océano exterior».

Más allá de las Columnas reinaban el caos y la oscuridad que ellos relacionaban con el infierno. Como estas dos rocas se parecían a las columnas del templo de Melkarth, en Tiro, los fenicios las llamaban «las Columnas de Melkarth». Melkarth era el señor del infierno, el dios de la oscuridad, y resultaba verosímil que esta figura infernal dominara un mar de olas inmensas, corrientes poderosas y mareas de tres metros.

La cuestión no es que los pueblos del Mediterráneo no se hubieran atrevido nunca a aventurarse hacia el oeste, más allá del estrecho, sino que lo habían hecho (los fenicios habían llegado hasta Gran Bretaña por mar) y habían comprobado que tenía una turbulencia malévolamente destructiva. De allí sacaron la idea de que más allá del estrecho no había nada útil, sino sólo el espeluznante *Mare Tenebrosum*, el océano oscuro y peligroso que se abría tras el mar Medio, un río púrpura de aguas furiosas. Los griegos lo llamaban la corriente del océano. Rodeaba la tierra,

y ellos tenían el privilegio de vivir en el centro, situado exactamente en Delfos, donde una piedra en forma de sapo marcaba el ombligo del mundo. Después de todo, Mediterráneo significa «mitad de la tierra».

La corriente superficial cruza el estrecho hacia el este, a paso de hombre, y penetra en el Mediterráneo por un canal de veinticuatro kilómetros de ancho; pero a setenta y cinco metros de profundidad, otra subcorriente se desplaza en sentido contrario, hacia el oeste, adentrándose en el Atlántico, sobre el umbral poco profundo del estrecho: «ese espantoso torrente profundo», como murmura Molly Bloom en su duermevela. Este insólito intercambio circular de agua en el estrecho es la única forma en la que este mar que prácticamente no tiene salida se mantiene renovado y vivo. Desembocan en él muy pocos grandes ríos. Durante miles de años, hasta que se inauguró el canal de Suez, en 1875, al son de la *Aida* de Verdi, el estrecho de Gibraltar, «el intestino» (*the Gut*) para los marineros ingleses, «la puerta de la entrada estrecha». (*Bab el Zaka*) para los moros, fue la única vía fluvial para llegar al mundo.

De todos modos, el Mediterráneo presenta un carácter extraño. Prácticamente no tiene mareas y, salvo algún remolino ocasional (destaca el de Mesina), no existen corrientes marinas definidas. Lo dominan los vientos, más que las corrientes, cada uno con su nombre y asociado a una serie de características específicas: están el vendaval, el persistente oeste que atraviesa el estrecho de Gibraltar; la tramontana, el viento fuerte de la costa española; el bora, el viento frío de Trieste; el mistral, el noroeste frío y seco de la Riviera, y muchos otros, desde el jamsin, el siroco, el levante, y media docena más (que a menudo son el mismo viento, con distinto nombre), hasta el gregal, el nordeste que sopla en Malta, en invierno, y que muy probablemente fue el causante del naufragio de san Pablo en la costa maltesa que se describe en la Biblia (Hechos de los Apóstoles, 27-28).

No es un mar que se vea afectado por las fases de la luna; es más temperamental que mensual. Su carácter nervioso ha sido mencionado por los marineros, y también su color (púrpura, vino y sobre todo su azul). El Mediterráneo era el mar Blanco para los griegos, y los turcos siguen usando el mismo nombre (*Akdeniz*), mientras que los árabes usan una variante: el mar Blanco Central. Si se pudieran comparar los océanos con grandes sinfonías, escribía el viajero alemán Emil Ludwig, el Mediterráneo «es tan sutil que sugiere la música de cámara». Es vacilante y sus olas, de corto alcance, y sus extraños oleajes, no se parecen a los de los grandes océanos.

Por todo el peñón de Gibraltar había carteles en seis idiomas (inglés, castellano, italiano, japonés, árabe, francés) que ponían: «Prohibido dar de comer a los monos» y «Los monos muerden». Los carteles eran más numerosos en la parte alta, donde vivía la más amistosa de las tribus de simios.

En lo alto del Peñón, una mujer ectoplasmática de mediana edad, una turista francesa regordeta, prepotente y burlona, se aproximó a una mona con un guijarro en la mano. Era una hembra que acariciaba a su cría, acercándola a su pezón sonrosado, con esa expresión serena y feliz que tienen las madres cuando amamantan a sus hijos. Estoy seguro de que la turista se llamaba Grisette. Se rió cuando acertó a la madre simio con el guijarro ante la mirada de sus tres amigas. Una de ellas tiró del brazo de su hijito para que mirara cómo Grisette molestaba a la mona.

La mona cogió el guijarro, lo examinó con atención unos instantes y lo arrojó al suelo. Grisette rió con fuerza y se acercó más, poniendo una cara espantosa. Los cristales de sus gafas eran tan gruesos que los ojos parecían nadar y cambiar de forma a medida que inclinaba la cabeza y le sonreía a la mona arrinconada. La mona manifestó su

preocupación y, cuando Grisette estiró la mano y tocó a la cría que mamaba, la hembra alzó la mano, en señal de advertencia; era una mano preciosa, de un color rosado perfecto, como una mano humana en miniatura, con unas uñas hermosas. La palma del simio contenía suficientes líneas como para mantener ocupado a un adivino durante toda una sesión de quiromancia.

Provocada y algo irritada por la advertencia de la mona, Grisette empujó a la cría como si estuviera probando la jamba de una puerta que llevara un cartel de «recién pintado». Las amigas de Grisette volvieron a reír. La mona alzó de nuevo la mano y, cuando Grisette pellizcó al bebé, la mona le pegó en los nudillos a la turista. Y así estuvieron durante un minuto, más o menos. Pensé que la mona se le echaría encima y la mordería y la arañaría. «Los monos muerden».

Pero la hembra manifestaba una paciencia extraordinaria, como si supiera que estaba tratando con una persona corta de entendederas e imprevisible, con alguien que representaba más un incordio que una amenaza. Se limitaba a levantar una de sus manos y a contener a esa mujer estúpida, y cuando Grisette acercó más su gran cara de ojos saltones, sonriendo como una tonta y llamando a sus amigas mientras atormentaba a la madre y a su cría, la mona se limitó a enseñarle los dientes y a marcharse, apartándose de la barandilla, alejándose del sol, donde estaba amamantando a su bebé. Y mientras se alejaba suavemente, sin perder la gracia a pesar de toda esta provocación, la mona masculló para mí, en una voz apenas audible: «¡Esto es demasiado!».

Grisette se acercó pesadamente a las otras turistas, una de las cuales estaba pegando a su hijo y diciendo: «¡No soy millonaria!», y otra inglesa, a la cual supuse casada con un militar británico: «¡Sal de aquí antes de que te dé una palmada en el culo!». Grisette parloteaba, se rascaba y esperaba que sus amigas la felicitaran por haber pellizcado

al monito y por haber enfurecido a la madre, consiguiendo que se alejaran.

Y yo pensaba que, en realidad, los simios tienen mejores modales que los turistas; mientras que éstos eran crueles con sus hijos y les gritaban, los monos se mostraban cariñosos con sus crías. Los simios no decían: «Te he dicho que basta ya. ¡Te daré un tortazo!». Los turistas cotorreaban y reían como tontos; los monos permanecían callados y pensativos. Los turistas molestaban a los monos; los monos nunca molestaban a los turistas. Cuando los monos jugaban, rodaban por las laderas escarpadas o por los caminos del Peñón; cuando jugaban los hijos de los turistas, se hacían daño los unos a los otros, armaban alboroto y siempre acababan llorando. Los monos jamás hacían muecas, a menos que los turistas las hicieran primero. Los funerales de los monos se llevaban a cabo en una piadosa intimidad; la muerte o el entierro de un turista iba acompañado por alaridos de dolor e histeria. Los turistas eran escandalosos; los monos, dignos y correctos. A pesar de todo, en el peñón de Gibraltar cada año matan a unos cuantos monos por morder a turistas.

La mujer, evidentemente, era una turista francesa, pero podría haber sido de cualquier otro país del Mediterráneo. Encajaba en la descripción del «grupo subracial mediterráneo» que encontré en un libro de texto de geografía de 1964: «piel oscura, cabeza alargada, cabello ondulado, ojos oscuros, constitución menuda». Estas personas viajaban permanentemente de un lado para otro por esta interesante franja de agua, sin salir de su cuenca particular. Pero los turistas mediterráneos en general eran tan desagradables y tenían tan mal carácter que al comenzar el viaje me prometí que no les haría caso, como no les hice caso a las moscas en Australia; de este modo no tendría que escribir nada sobre ellos. Era mucho mejor escribir sobre los simios.

«Este mono es cruel –dice la turista, y queda como un epitafio para los animales del mundo–. Cuando lo pellizco, me muerde».

Disfruté durante años dejándome caer por otros lugares, evitando el Mediterráneo. Un viaje así siempre se había considerado un gran viaje educativo en busca de sabiduría y experiencia. Sin embargo, a los cincuenta años todavía no había estado nunca en España y lo único que conocía de Yugoslavia era la línea férrea que conectaba Liubliana con la frontera con Bulgaria. Ahora Yugoslavia son cinco naciones distintas. Nunca había ido a Israel, ni a Egipto, ni a Marruecos, ni a Malta. La mayoría de las personas que conocía había estado en muchos de estos países. Todos conocían el Mediterráneo mucho mejor que yo; todos habían estado allí. Sospechaba que, de un extremo a otro, lo único que había eran urbanizaciones y locales de mala muerte donde te cobraban de más. James Joyce escribió en una ocasión: «Roma me recuerda a un hombre que vive de exhibir ante los viajeros el cadáver de su abuela». Suponía que todo el Mediterráneo sería así: turismo, culto a los antepasados y veneración de ruinas incoherentes.

Entonces comencé a pensar que tal vez fuera éste el mejor motivo para ir a conocer esta parte del mundo que, con tantos turistas, estaba asediada y decrepita, totalmente cambiada. Precisamente por la transformación y la decadencia merecía la pena conocerla y urgía tomar notas. Yo era el hombre indicado porque, tras viajar durante media vida, había desarrollado el gusto por lo macabro.

Algunos países se tragan al viajero; descubrí que esto era verdad, sin duda, en África y la Polinesia, y en algunos países de Suramérica. Pero Europa, y el Mediterráneo en particular, es como un decorado, un escenario que añade dramatismo a un viaje.

Pero el lector ya lo sabe. Ya ha estado en Italia, seguramente en Sicilia, quizás en Siracusa, y se alojó en el mismo hotelito que yo. ¿Cerca del puerto? ¿El dueño era un hombre malhumorado que escribía poemas? ¿Unos veinticinco dólares, desayuno incluido? Claro que también es posible que el lector lea esto y exclame: no fue así en absoluto. Siracusa era precioso, el hotel era muy limpio y el poeta, una persona alegre. Tal vez los dos visitamos algún otro lugar, en España, en Grecia, en Egipto. Da igual.

Ése fue el viaje del lector, su Italia. Este libro trata de mi viaje, de mi Italia. Éste es mi Mediterráneo.

Mi idea era comenzar en Gibraltar, pasar a España y seguir adelante, pegado a la costa, siempre sobre la superficie, nada de aviones; viajar en tren, autobús, transbordador, barco; hacer un circuito alrededor del mar desde el peñón de Gibraltar, dando toda la vuelta, hasta llegar a Ceuta, de una Columna de Hércules a la otra; recorrer toda la orilla, desde las tiendas de pescado y patatas fritas de Torremolinos hasta los emplazamientos de artillería de Tel Aviv, pasando por la guerra de Croacia y las playas nudistas de Creta.

En el Mediterráneo, este mar sencillo, casi sin mareas, cuya superficie es treinta veces la del lago Superior, hay de todo: prosperidad, pobreza, turismo, terrorismo, varias guerras en marcha, conflictos étnicos, fascistas, contaminación, redes de deriva, islas privadas pertenecientes a multimillonarios, gitanos, diecisiete países, cincuenta lenguas, plataformas petrolíferas, pescadores de esponjas, fanáticos religiosos, contrabando de drogas, bellas artes y guerras. Hay cristianos, musulmanes y judíos, y también drusos, un extraño fárrago de las tres religiones; hay infieles, zoroástricos, coptos y bahais. Tiene cuatro mil kilómetros de un extremo a otro y es particularmente salado. Abarca desde los bajíos y las aguas poco profundas del norte del Adriático hasta una profundidad de más de cinco mil metros en la cuenca jónica, al oeste de Creta. A pe-